

Erótica infinita

HÉCTOR ANAYA

En realidad, lo quetenía que decir de los poemas místico eróticos de este libro, ya lo escribí en la presentación, prólogo, introducción sería tal vez más apropiado dado el carácter erótico del libro, ¿no? Aunque como es místico-erótico, debería llamar a este preludeo o a esas palabras preliminares –así también se las llama de manera pedante... debería, en fin, referirme a ese texto con el latinajo de introito, esa palabra perversa, equívoca, que como bien se sabe corresponde en la misa a lo primero que dice el sacerdote, pero con esa terminación que rima con coito y a lo mejor es la única, ¿no, maestro Renán?

¿A poco ese introito no parece desde el misticismo sugerirnos algo así como la preparación al coito? ¿Es pura imaginación mía o hipocresía de la Academia, que no se atreve a aceptar esa definición?

Bueno, pues entonces no les voy a leer todo lo que escribí, para que no se sientan defraudados al comprar el libro, porque espero que se hayan dado cuenta de que toda esta ceremonia y la copita no tienen otro propósito que el de ablandarlos, relajarlos, para inducirlos a la compra.

Pero sí les voy a contrar algo más relacionado con la autora. No te inquietes Antonia, no es nada personal, ni íntimo. Ya cometí indiscreciones en el libro, que hasta a tu editor molestaron, como eso de descubrir de qué vives (y no lava dinero, ¿eh?, ni es amiguita de

Ahumada). No soy chismoso, pues no trabajo en Ventaneando, La oreja o parecidas videotecas.

Vine a estar presente en este acto ritual del parto de un libro, porque me da gusto ver el crecimiento de una autora, que mucho se ha esforzado en su obstinado vocación, porque se necesita ser terco como un Robles para hacer libros elitistas en un país de no lectores, comenzando por el Supremo Gobernante y su ágrafa pareja. Por allí cuento en el libro los pasos que ha seguido –Antonia, no Martita– para atreverse a este poemario, que habla de su rubor de provinciana, pero también de su flama urbana.

Me da gusto saber que una alumna a quien conocí en la Escuela de Escritores de SOGEM, tenga ese empuje que le permite insistir en esa área tan reservada de la poesía. Hay que celebrar ese coraje, esa enjundia.

En el texto introductorio –digamos–, introito para los cuates, me refiero a que el erotismo de Antonia es inequívocamente femenino... y nada tiene que ver con el de Safo, como erróneamente se apunta en la contratapa (No es el único error del libro, ya que una mala corrección –correctore-traditore– me hace aparecer autor de una falta de concordancia).

¿Por qué aseguro que es femenino, a sabiendas de que es mujer, es una perogrullada? Ahora sí me remito a parte del texto:

“No sólo porque el hombre es el objeto del deseo fálico expresado en sus poemas, sino porque el carácter de su seducción corresponde a la estrategia de la mujer: «La seducción femenina –advierde Francesco Alberoni en El erotismo– pone en movimiento en el hombre la excitación erótica, genera en él el deseo, lo enciende como se enciende una antorcha. Pero su última meta no es el acto sexual [...] (En el hombre) lo que cuenta es...el esplendor del encuentro sexual. El encuentro erótico, para el hombre, es un tiempo luminoso, sustraído a la vida corriente. Por eso tienen un principio y un fin [...] La seducción femenina, en cambio, quiere algo más.

Quiere hacerse recordar, hacerse desear después. La seducción femenina actúa siempre en presente, pero mira al futuro».

Este marco del erotismo femenino es importante para entender porqué esta naciente poesía erótica de Antonia Robles Aragón, que ya se atreve a decir su nombre, transita de un extremo al otro: del delirio al rechazo, de la disposición seductora a la incompetencia sensual, del reconocimiento del goce a la aceptación de la vigilia casta, de la exaltación de los sentidos al convencimiento de que eso está reservado por los dioses a unos cuantos, de la fiesta al duelo, de la licencia a la abstinencia.

Por eso no debe extrañarle al lector hallar junto a exaltaciones del instante supremo: “me doy como una roca/ de musgos plañideros,/ y se agolpa el cabrío/ en mi grupa que antorcha/ como un faro”, las visiones de la culpa: “Hay un viacrucis en mi frente/ un gesto árido/ mirándome al espejo”.

Y al lado de la demanda del placer: “Sofócame/ cirial de bufadero/ que estoy como un oráculo/ de pubis incendiándose...”, la convicción de la muerte: “Hoy me toca hacerme hielo/ y no habrá insectos/ que hagan temblar mi superficie...” o la del miedo de ser: “Que nadie abra la alcoba/ donde guardo mi efigie”.

O bien junto al descubrimiento de la transformación: “Esa gaviota que eres me contempla/ en un azul de asombro hacerme hembra/ que se desnuda y arde./ Porque ¡ay!, al rojo vivo/ el sol en mi entrepierna/ con fabulosa lengua/ de Minotauro en celo”, el miedo a pecar: “¿Y si primero/ canto/ mi rosario?” o bien “...cuando debiera estar arrodillada/ lavándome los labios con el credo”.

No son titubeos de vocación, tan claramente vislumbrada desde sus textos anteriores, sino una manera conatural del erotismo, que duda y se afirma, que goza y se arrepiente, que avanza y retrocede, que se propone y se niega, que quiere pero teme. Es una forma de

seducción, plenamente femenina, de salvación del alma, que se halla en el otro extremo de la proposición del poeta brasileño Manuel Bandeira: “Deja que tu cuerpo se entienda con otro cuerpo/ porque los cuerpos se entienden, pero las almas nunca”.

Quiero anunciarles, para terminar, y aquí voy a cometer una infidencia, pero me parece justificable para prevenirlos de que su siguiente libro ya es plenamente erótico. En él, cuando se refiere a la venida del señor, no hay modo alguno de confundirlo con la aparición del Mesías. Tal vez se llame 69, que es un buen número y un mejor numerito, aunque igualmente es el símbolo de Geminis, el signo zodiacal de Antonia.

Prepárense, porque es de los libros que se deben leer a una sola mano, porque la izquierda –en estos días nos hemos enterado– no siempre sabe lo que hace la derecha o la ultraderecha. Gracias.



Margret Kohler H.